

BASES ANTROPOLÓGICAS PARA UNA PSICOLOGÍA CRISTIANA EN EL PENSAMIENTO DE ROMANO GUARDINI: DE LA ACEPTACIÓN DE SÍ MISMO A LA PERSONA COMO FUNDAMENTO

Aldo Giacchetti Pastor

Introducción

Quiero aproximarme al tema propuesto procurando recorrer el camino que indica la *Fides et ratio* en su número 83, es decir, proceder del «fenómeno al fundamento». Con fenómeno se refiere la *Fides et ratio* a la *experiencia*, no a la experiencia sensible, la de los sentidos, sino a la experiencia de la propia interioridad. Señala S.S. Juan Pablo II, que no debemos detenernos «en la sola experiencia; incluso cuando ésta expresa y pone de manifiesto la interioridad del hombre y su espiritualidad», sino que es necesario que, a través de ella, pueda nuestra reflexión llegar hasta «su naturaleza espiritual y el fundamento en que se apoya» refiriéndose al nivel metafísico. Ya en su principal obra filosófica *Persona y Acto (Osoba i Czyn)* de 1969, Karol Wojtyła había expresado con toda claridad el sentido que debía darse a esta concepción de *experiencia*, completamente alejado de todo empirismo.

Para proceder en tal sentido he elegido una virtud moral que posee innegables consecuencias psicológicas como es la “Aceptación de sí mismo”. El análisis de la experiencia de la aceptación de sí remite a lo que la hace posible: la realidad de la persona, que constituye a la vez el fundamento para realizar una psicología cristiana, que como tal, busque responder de manera integral a la realidad humana.

El procedimiento planteado no es ajeno a la perspectiva del mismo Guardini. Él estuvo muy interesado en la comprensión de lo “viviente concreto”. El camino que él recorre es existencial, es el de la autoexperiencia y el de la observación de la experiencia ajena, procurando analizarla y describirla, como vía para llegar a la esencia y al ser de las cosas, para comprender de ese modo lo viviente-concreto. Al inicio de *La existencia del cristiano*, obra póstuma que recoge las lecciones del pensador ítalo-alemán en Munich, explica lo que entiende por Pensamiento Existencial: «Pensamiento existencial quiere decir que el sujeto cognoscente adquiere clara conciencia del sentido del objeto en la medida en que lo toma “en serio”. Y viceversa, la afirmación que hace le revela su sentido en la medida en que la deja entrar en su vida y permite que determine su mentalidad, su conducta, su acción»¹. Su perspectiva no puede encuadrarse ni en la fenomenología ni en el existencialismo, la suya es una perspectiva que se expresa en la “Oposición polar” o el “Contraste” según la cual, piensa, que en lo viviente-concreto existen aspectos que se oponen pero que a la vez se necesitan, que se reclaman, como ocurre, según señala, con la Estructura y el Acto o la Singularidad y la Totalidad². Esos constitutivos de lo viviente requieren también una aproximación epistemológica de “contraste” que procede a través de la razón y de la intuición. Su pensamiento se apoya en la *philosophia perennis* y se nutre, en diversa medida, de las ideas de Platón, Aristóteles, San Agustín, San Buenaventura, Santo Tomás, pero desde esa nutriente

¹ Romano Guardini, *La existencia del cristiano*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1997, p. 9.

² Sobre este tema ver Romano Guardini, *El contraste (Der Gegensatz), Ensayo de una filosofía de lo viviente-concreto*. Se puede ver también, entre otros, el amplio análisis que sobre el tema realiza Massimo Borghesi, *Romano Guardini, Dialettica e antropologia*, Studium, Roma 1990.

realiza un recorrido propio. El P. Guido Sommovilla, S.J. en su estudio sobre la Filosofía de Guardini, piensa que, por ejemplo, en relación a la metafísica tomista el camino de Guardini es un camino complementario, pues tiene un modo de proceder diverso, pero que puede integrarse y fecundarse mutuamente con él³, a lo que se puede añadir la sintonía fundamental que genera el realismo filosófico. Debemos finalmente tener en cuenta que Guardini es ante todo un teólogo, y que es la luz de la Fe de la Iglesia la que lo guía en sus esfuerzos por explorar radicalmente la realidad, esto es, filosóficamente.

El tema propuesto reviste, en mi opinión, un particular interés actualmente por la crisis del pensamiento al que asistimos en la llamada post-modernidad. En el contexto actual existe una gran dificultad para profundizar en el tema de la identidad personal, debido a que muchas de las reflexiones se realizan dentro del paradigma de la “construcción”, según la cual no existirían datos fundamentales que constituyen nuestra identidad sino que todo en ella sería construido mediante la interacción del sujeto con los símbolos y valores presentes en la cultura. La ausencia de la metafísica conduce, en dicho contexto, a que la persona se entienda y viva en una incesante “discontinuidad” de sí, debido a que se construiría y se “desconstruiría” continuamente, buscando inventar su ser. Al desaparecer la naturaleza humana, nada estaría determinado en el hombre, sino que su realidad entera sería consecuencia de dicho proceso de invención. Sin duda, todo ello no es más que la consecuencia del proceso de descomposición de un pensamiento que se cierra al ser de las cosas. Aunque la llamada post-modernidad incide más en lo que Paul Ricoeur llamaba el “*Cogito* quebrado” ejemplificado en el pensamiento de Nietzsche que presenta una razón que siempre falsea la realidad, es claro que también comparte con el paradigma del “*Cogito* exaltado”, ejemplificado en Descartes, la ruptura con lo real, el inmanentismo gnoseológico que cierra el pensamiento al ser y al fundamento último de todo cuanto existe: a Dios. Exaltación de la libertad sin verdad y acción, sin referencia a una identidad anterior a ella, parecen ser otros rasgos del mismo paradigma. Como es lógico, en ese contexto de ideas y de plasmaciones culturales, la persona encuentra una mayor dificultad para saber a qué atenerse respecto del otro, debido a que en el fondo, encuentra también una particular dificultad para saber a qué atenerse respecto de sí misma.

En medio de ello, la “aceptación de sí mismo” se presenta como un contrasentido, pues si todo debe ser inventado o construido, si de lo que se trata es de seguir ilimitadamente los propios deseos intentando ser “quien a cada uno se le ocurre ser”, entonces no hay nada que aceptar. Mayor dificultad aún se presenta con la idea de persona con toda su carga metafísica y teológica tal como ha sido desarrollada en el pensamiento cristiano.

El desafío que el contexto actual presenta parece encontrarse en recuperar la dimensión de la permanencia y del despliegue presentes en el ser humano, fundados en Dios, procurando captar la realidad misma y vivir de acuerdo con ella.

1. La aceptación de sí mismo

Para esta primera parte referida a la aceptación de sí mismo me basaré principalmente en dos textos que Guardini dedica al tema, aunque tomando en cuenta sus demás textos filosóficos. En primer lugar el ensayo que lleva ese nombre *La aceptación de sí mismo* (*Die Annahme seiner selbst*) así como el texto *Aceptación* que se encuentra en medio de la colección de temas que reúne en su libro *Virtud, temas y perspectivas de la vida moral* (*Tugenden. Meditationen über Gestalten sittlichen Lebens*).

³ Guido Sommovilla, *La filosofía di Romano Guardini, introducción a Romano Guardini, Scritti filosofici*, Fabbri Editori, Milano 1964, vol. I, p. 120.

La primera experiencia de la que parte Guardini es que soy, y que soy precisamente éste que soy y no otro. La experiencia humana básica arroja esta doble constatación. Soy, me experimento siendo y precisamente siendo yo, justamente éste que soy y no otro. A esa doble constatación le sigue la experiencia de reconocer la tarea que me está propuesta en el mundo, que está de algún modo implícita en la experiencia de ser yo y no otro, pues también dicha tarea o misión es única. A esas experiencias se suman y se vinculan la de constatar las propias posibilidades y los propios límites, la situación histórica y cultural en que me encuentro y lo acontecido en la propia historia. Todo ello es o debe ser objeto de aceptación. Cuando Guardini habla de la aceptación de sí, se refiere a todo esto, procurando “decir sí al cuadro total de la propia existencia”⁴.

La aceptación presupone el conocimiento de sí, y éste a su vez presupone la realidad dada. Pero este conocimiento de nuestra realidad es problemático. Lo señala el pensador italo-alemán. Mi ser no es para mí mismo algo obvio, pues aunque conozco diversas cosas sobre mí —pues me soy familiar a mí mismo— hay mucho que me es desconocido, de modo tal que descubro una doble situación: mi propia realidad es a la vez cognoscible y misteriosa. Conozco diversos aspectos de mi realidad en cuanto ser humano y en cuanto único e irrepetible, pero a la vez experimento mi realidad como inagotable, pues por más que mi conocimiento avance, el horizonte de mí mismo sigue expandiéndose. Esto es así a lo largo de la vida terrena entera. En consecuencia, así como el autoconocimiento no termina a lo largo de la vida, la “aceptación de sí mismo” es una tarea que acompaña el caminar humano entero. Esto trae consigo una primera dificultad pues ¿qué puede significar aceptarme a mí mismo si es que hay aspectos de mi ser, por ejemplo capacidades, cuya magnitud no alcanzo a entender del todo, pues sobrepasan mi propia comprensión y es posible que se me vayan mostrando con más claridad a lo largo del tiempo? Al aceptarme ¿no estaría acaso cayendo en el riesgo de limitar o encuadrar mi ser dentro de determinado esquema? Sin duda hay que ponerse a resguardo de ese peligro, sin por ello caer en el riesgo contrario, pues como ya se dijo, nuestra realidad es cognoscible. Ambos polos deben ser afirmados, avanzando hacia una síntesis que se exprese en una aceptación siempre abierta a una cada vez mayor aceptación de sí, en la medida en que avanzamos en el conocimiento de nosotros mismos y en que optamos por aceptarnos.

En cuanto a la vida moral, Guardini le otorga a la aceptación de sí un lugar destacado, pues piensa que «constituye como la base de cualquier esfuerzo moral verdaderamente eficaz»⁵. ¿Por qué piensa que esto es de tanta importancia? Porque el ser humano al ser capaz de distanciarse reflexivamente de sí mismo, puede juzgarse a sí mismo más allá o más acá de aquello que es, en la dirección de lo que quisiera o debiera ser, al punto de llegar a niveles de auténtica fantasía sobre sí, generando en su interior una distancia entre el ser y el deseo, yendo más allá de una sana tensión de crecimiento, hasta llegar a producir una auténtica ruptura y evasión de la propia realidad. Es cierto que el crecimiento de la vida moral genera una tensión entre la realidad actual y el ideal al que se tiende, pero solamente será un auténtico crecimiento si es que, piensa Guardini, «el individuo en cuestión tenga delante de sí una imagen de sí capaz de ser asumida en lo que él realmente es»⁶. Ésta es la razón por la que se trata de una virtud básica de la vida moral, es a partir de ella y del horizonte que abre, que las virtudes pueden adquirir la forma que le es propia a cada quien, de acuerdo a sus potencialidades y límites. No puede dejar de notarse el parentesco que esta virtud moral tiene con la virtud de la humildad cristiana, al grado que bien podría considerarse como un aspecto de ella, pues la humildad puede entenderse precisamente como un “andar en verdad”, que incluye entre otras cosas, la aceptación de la propia realidad.

⁴ Romano Guardini, *Virtù, temi e prospettive della vita morale*, 3ª ed., Morcelliana, Brescia 1997, p. 36.

⁵ Allí mismo, p. 33.

⁶ Allí mismo, p. 34.

Volviendo a aquellas cosas que Guardini señala como horizonte para la aceptación personal, mencionaba a las potencialidades y límites. Dice Guardini «yo debo aceptar no solamente las fuerzas que poseo, sino también las debilidades; no sólo las posibilidades, sino también los límites»⁷. Se trata de un asunto de realismo, que por ser tal, se abre precisamente al futuro y a la esperanza que brota de las propias posibilidades. Aceptación no significa en ningún sentido resignación a dejar las cosas como están, es exactamente lo contrario, la base para el despliegue dentro del marco de la verdad de sí mismo. En palabras de Guardini «Yo puedo y debo trabajar, plasmar y mejorarme a mí mismo y mi carácter, pero ante todo debo decir sí a lo que es, de otro modo todo se falsifica»⁸ y en otra parte señala «Esto [la aceptación] no significa la renuncia al esfuerzo de elevarse. Eso puedo y debo hacerlo; pero en la línea de lo que se me ha dado»⁹, de manera que toda crítica a nosotros mismos ha de hacerse siempre con lealtad hacia aquellos rasgos que Dios ha puesto en nosotros. Guardini rechaza con energía la interpretación que puede hacerse de la aceptación como pasividad o como resignación. No se trata de eso, como ya se dijo, sino de captar y vivir aquello que constituye la base de los demás deberes morales, para hacerlos realmente míos y para que sean una expresión auténtica.

Es claro que uno puede no querer aceptarse, en especial los propios límites y optar por evadirse de la propia realidad. Guardini lo expresa con claridad: «No puedo eludir lo que me presentan; por ejemplo, en la fantasía, soñando que me meto en otro: soñando que soy ése o el otro... que hago esto o lo otro... que puedo hacer esto y lo otro...que desempeño tal o cual papel... Hasta un cierto punto, todo eso es inocente: se reposa así del ser propio. Pero desde aquí se hace peligro de evadirse a sí mismo... Tampoco puedo evadirme de lo malo que hay en mí: malas disposiciones, costumbres consolidadas, culpa acumulada. Debo aceptarlo y hacer frente a ello: así soy... esto he hecho... No con rebeldía: eso no es aceptación: es endurecimiento. Sino en verdad, porque sólo ella lleva más allá del mal: soy así, pero quiero llegar a ser de otro modo»¹⁰. Parece claro que en el contexto actual que alguno ha llamado de predominio de un “nihilismo libertino” y hasta lúdico, más que de un “nihilismo dramático”, la falta de aceptación se exprese especialmente en la evasión de la propia realidad, más que en una rebeldía radical, aunque ésta pueda quedar subyacente. Dice Guardini que el hombre «puede hacerse ideas sobre cómo le gustaría ser, y cuántos hay que viven como envueltos en un sueño en vez que en la conciencia de su propia realidad. Conocemos también esa actividad extraña por medio de la cual el hombre busca huir de lo que es: es el disfrazarse, el enmascararse, el juego»¹¹.

Ahora bien, el tema de las posibilidades y de los límites no solamente se refiere a las capacidades o deficiencias de carácter de la persona, sino que remite a algo más hondo: al anhelo de plenitud y a nuestra condición de finitud. Siendo y experimentándonos finitos anhelamos lo infinito, pues hay en nosotros algo que es más grande que nosotros mismos, un plus de realidad que apunta al Fundamento de todo lo real, a Dios mismo. Guardini ha desarrollado el tema en diversos textos, por ejemplo éste que trae en su libro *Los sentidos y el conocimiento religioso*: «La aparición de las cosas no pone de manifiesto solamente, en efecto, la esencia concreta de éstas, sino que, detrás de esa esencia, revela todavía algo distinto, último y peculiar: detrás de todo lo que puede sencillamente decirse, hay algo misterioso y a la vez hondamente familiar; algo que se diferencia de todas las cosas, otorgándoles, sin embargo, su suprema densidad ontológica. Es lo mismo en todas las cosas, pero cada una de ellas se expresa según la

⁷ Allí mismo, p. 36.

⁸ Lug. cit.

⁹ Romano Guardini, *La aceptación de sí mismo, Las edades de la vida*, Lumen, Buenos Aires 1994, p. 33.

¹⁰ Allí mismo, pp. 20-21.

¹¹ Romano Guardini, *Virtú...*, ob. cit., p. 35.

índole especial de éstas. Medidas por su ser inmediato, todas las cosas tienen un sobrevalor; cada una dice más de lo que es. Cada una apunta hacia algo que ella misma no es, pero que co-pertenece, como origen, punto de partida, sentido último, a la realidad de la cosa, y sin la cual ésta sería algo débil, pobre de sentido, que no merecería la pena. Este algo originario, peculiar y propio de todas y cada una de las cosas, que se encuentra detrás de su realidad concreta y singular, es la realidad religiosa. Es Dios. Dicho más exactamente: es el poder creador de Dios. Más exactamente aún: es el hecho de que las cosas han sido creadas»¹².

Incluso tras la experiencia del anhelo de plenitud y de la finitud propia, se encuentra algo previo y más básico que requiere ser aceptado, el hecho mismo de existir. La aceptación en su sentido más radical significa que «simple y llanamente, estoy de acuerdo con existir»¹³ y con existir siendo éste que soy, asumiendo, en consecuencia, «la tarea que con eso me está propuesta en el mundo»¹⁴. Este primer acuerdo conmigo mismo puede sonar extraño a quien experimenta que las “cosas (en general) le van bien”, pero pueden tornarse difíciles y llegar incluso a límites trágicos en determinados momentos, por ejemplo, cuando las fuerzas decaen, las cosas se vuelven grises, los deberes se experimentan como opresivos, en la enfermedad, la larga indignancia o la melancolía. Ante éstas y cosas semejantes, cabe la experiencia de la desesperación. En ese contexto extremo pero posible, «aceptar la existencia puede ser un acto a realizar que implica gran profundidad»¹⁵. Esta reflexión nos ha colocado en un nivel hondo y radical del existir y resulta importante, pues nos pone delante de las interrogantes más hondas que respecto de la aceptación de sí pueden surgir: «Yo no me he encontrado ante la posibilidad de elegir mi existencia y yo no he decidido ser, sino que he sido colocado en el ser»¹⁶ ¿por qué (pues) debo aceptarme si es que yo no he sido interrogado respecto a ser quién soy? y con rebeldía podría agregar: ¿Por qué tengo que ser yo mismo?, y así, con todo ello, llegar incluso a lo que Soren Kierkegaard, denominaba la “enfermedad mortal”: la desesperación, entendida precisamente como la desesperación de ser uno mismo. Habría en todo esto una doble rebeldía: ante mi ser y ante Aquel que ha dado origen a mi ser. Por el contrario, la aceptación gozosa de mi ser solamente es posible cuando logro percibir que es un don y que, a través de diversas mediaciones (como nuestros padres), éste proviene de la Iniciativa de Alguien que nos ama, de Dios. Martin Heidegger desde una fenomenología de la existencia cerrada a la trascendencia, se quedó únicamente con la “facticidad” no sin una cuota de fatalismo: el ser humano está arrojado en el mundo y está en continua decadencia hasta concluir en la muerte. La exclusión de la pregunta acerca del origen de la existencia, que pensaba él era un asunto que estaba más allá de su metodología, cuando en realidad tenía más que ver con una opción metafísica de cerrazón a la Trascendencia, deja sin sentido la existencia misma. Guardini se ubica en las antípodas de Heidegger: no solamente la pregunta por el origen es válida sino absolutamente necesaria por las exigencias mismas de la comprensión de lo real: mi existencia es un don que he recibido y que he recibido de Alguien que me ama. La dificultad para percibir esa iniciativa que está en el origen de mi existencia se constituye, según Guardini, en el mayor óbice para la aceptación de sí mismo: «No podremos... jamás aceptarnos —auténticamente— si no tenemos claro de dónde proviene nuestra existencia: si de la oscuridad de los procesos naturales, de la insensatez del acaso, de la malicia de un demonio o bien de la sabiduría y del puro amor de Dios»¹⁷. «La aceptación auténtica es únicamente posible de cara a una instancia

¹² Romano Guardini, *Los sentidos y el conocimiento religioso*, Cristiandad, Madrid 1965, p. 35.

¹³ Romano Guardini, *Virtú...*, ob. cit., p. 40.

¹⁴ Romano Guardini, *La aceptación...*, ob. cit., p. 20.

¹⁵ Romano Guardini, *Virtú...*, ob. cit., p. 41.

¹⁶ Allí mismo, p. 40.

¹⁷ Allí mismo, p. 42.

de la que nos podemos fiar, y ésa es el Dios Viviente»¹⁸. En otra parte dirá también: «la sensación de que ser yo sea un deber se debilita cada vez más, porque desaparece la conciencia de estar dado a sí mismo»¹⁹ La respuesta definitiva a la aceptación de sí mismo se encuentra pues, desde una clara perspectiva teológica en armonía con el realismo filosófico, en la iniciativa sabia y amorosa de Dios: «hay sólo una respuesta que responda realmente: darse cuenta religiosamente de que mi principio está en Dios. Digámoslo mejor: en la voluntad de Dios, dirigida hacia mí, de que he de ser, y ser el que soy»²⁰. Todo esto, piensa Guardini, es un asunto de realismo y de seriedad para ver las cosas tal como son. La pregunta acerca de por qué soy precisamente como soy, encuentra respuestas parciales en las causas materiales, biológicas e históricas, y solamente halla respuesta definitiva cuando la búsqueda se abre al horizonte de la fe, que se armoniza con la pesquisa de la razón. Marcello Acquaviva, interpretando el pensamiento de Guardini, piensa que «en el reconocimiento de sí mismo como un don se encuentra la clave para acceder al misterio que yo soy», y esto es así, piensa, porque «el acto de honestidad y de lealtad que cada uno debe realizar para ser sí mismo, conduce a la transparencia que permite verse claramente a sí mismo como un don»²¹.

2. Implicancias existenciales del realismo

Lo dicho nos ha llevado a la importancia decisiva del realismo, no sólo en el nivel intelectual sino existencial. Las cosas son como son, y debo procurar responsablemente conocerlas y comunicarlas, tal cual son: «En la declaración “esto es así” se expresa la grandeza de la verdad, que es más grande que yo, que soy quien la declara. Respecto de ella, pues, yo me hallo no en una situación psicológica o funcional, sino en la relación de obligación moral»²². Si respecto a todas las cosas esto es un asunto vital, cuanto más lo será cuando se trata de la verdad de sí mismo y la aceptación no es otra cosa que estar en consonancia con la verdad de sí mismo.

El realismo es pues fundamental: «Conocer es, por tanto, obedecer. Si yo digo que “esto es de tal y cual modo” no lo digo por capricho, tampoco porque congenie con mi estructura anímica, o porque subvenga a mis necesidades, sino porque eso es así. La voluntad de conocer es una voluntad de superar la subjetividad. Quien pregunta va más allá de la pulsión autoafirmativa hacia la disponibilidad para ver aquello que es»²³ y lo es, no solamente por razones intelectuales, sino también por las implicancias existenciales que eso trae. En este sentido de las implicancias existenciales es posible constatar, según Guardini, la experiencia del vacío existencial en las personas. Ese vacío se produce cuando falta aquello que es el núcleo de la existencia: la verdad «De este modo se ha perdido lo que constituye el núcleo de la existencia: la dignidad del sentido de la verdad, la decisión característica de la convicción. Y se hace fácilmente la experiencia de que tales personas, en la totalidad de su espíritu, en la totalidad de su disponibilidad para la ayuda y en la totalidad de su lealtad, presentan un vacío decisivo»²⁴. Esto muestra con claridad, que para Guardini, la verdad no tiene que ver solamente con la mente, sino con toda la existencia de la persona, pues las verdades de orden metafísico, ético y religioso son las que dan sentido a la existencia humana. La verdad es lo que da plenitud a la vida humana. Su ausencia lleva a una existencia inconsistente. En la perspectiva de Guardini conocer la verdad es vital para la

¹⁸ Lug. cit.

¹⁹ Romano Guardini, *La aceptación...*, ob. cit., p. 21.

²⁰ Allí mismo, p. 22.

²¹ Marcello Acquaviva, *Il concreto vivente, L'antropologia filosofica e religiosa di Romano Guardini*, Città Nuova, Roma 2007, p. 122.

²² Romano Guardini, *Ética*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1999, p. 573.

²³ Lug. cit.

²⁴ Allí mismo, p. 577.

realización del ser humano: «La verdad es aquello que es estable y luminoso... En relación con esto nuestra vida se vuelve justa y recta...»²⁵.

La verdad tiene que ver pues con la vida de las personas. Más aún, es decisiva para su felicidad o infelicidad. El espíritu de la persona se enferma cuando se aparta de la verdad —no en el sentido de que se equivoque en algún aserto, sino cuando vive de manera indiferente a la búsqueda de la verdad—. En una frase impresionante Guardini dice: «Si el espíritu apostasía de la verdad, enferma». Y luego explica «Esta apostasía no tiene ya lugar porque el hombre yerre, sino sólo cuando abandona la verdad; no ya porque mienta, incluso porque mienta con frecuencia, sino sólo cuando no considera la verdad como vinculante; no ya porque engañe, sino sólo cuando dirige su vida a la destrucción de la verdad»²⁶. Se trataría de algo que bien podría denominarse “mentira existencial”.

Esto es así, piensa, porque el espíritu no existe de manera independiente ni indiferente de sus contenidos: «La vida del espíritu —y esto caracteriza su esencia— no recibe su garantía del ser, sino también y definitivamente de lo válido: de la verdad, del bien»²⁷. Esta idea, indica, se basa en la definición de espíritu de San Agustín: «En la base de este pensamiento se encuentra la definición agustiniana del espíritu, cuyo punto de partida está constituido por el contenido del acto espiritual. Según esta definición, espíritu es aquel ser cuyos actos deben tener por contenido la verdad, el bien y, en último término, Dios... A ello hay que añadir otra proposición, también agustiniana, de que la realidad no significa el mero hecho de existir, sino que es, más bien, susceptible de gradación infinita, de acuerdo con el rango del valor realizado...»²⁸.

Por otro lado, piensa Guardini que cuando conozco una verdad, que es algo que tiene sentido en sí mismo, tiene un beneficio marginal, va acompañado de un sentimiento de liberación: «Desde el momento en que adquiero un conocimiento, conquisto una verdad; esa verdad determinada. Esto es algo que, por lo pronto, tiene su sentido en sí mismo: en haber conocido correctamente ese objeto preciso. Pero, a la vez, toda adquisición de una verdad comporta, por así decirlo, un beneficio marginal. Dicho más correctamente: existe un signo de que se ha encontrado la verdad. En efecto, prescindiendo aquí de cuál sea el objeto concreto de que se trate, ocurre que toda adquisición de una verdad va acompañada de un sentimiento de liberación. Cuando conozco una verdad, hay algo en mí que se hace dueño de sí mismo. Hay algo en mí que toma conciencia de sí, se libera, se amplía, se desarrolla, conquista su verdadero espacio en el que puede vivir»²⁹.

Vacío existencial y enfermedad del espíritu (cuando falta la verdad), y liberación como consecuencia del encuentro de la verdad, son todas experiencias que muestran la importancia que tiene la verdad para la existencia concreta de la persona. Todo esto tiene particular importancia para todo esfuerzo por ayudar a una persona a alcanzar la salud psíquica y espiritual. La aceptación de sí mismo se inscribe en esta perspectiva, pues aceptarse supone conocer la verdad de sí mismo, conocerla y hacerla propia, más aún, gozarse con ella, al punto de exclamar ¡Es bueno que exista! ¡Es bueno que exista tal y como Dios ha querido que fuese! ¡Sean dadas gracias a Dios por ese don!

3. La persona como fundamento

²⁵ Romano Guardini, *Tre scritti sull'università*, Morcelliana, Brescia 1999, p. 27.

²⁶ Romano Guardini, *Mundo y persona*, Encuentro, Madrid 2000, p. 106.

²⁷ Lug. cit.

²⁸ Lug. cit.

²⁹ Romano Guardini, *Libertad viviente en Cristianismo y Sociedad*, Sígueme, Salamanca, p. 81.

Llegados a este punto podemos y debemos preguntar ¿Por qué puedo aceptarme a mí mismo? ¿Por qué es esto posible? ¿Por qué puedo hacerme cargo de mi realidad mediante la aceptación? ¿Por qué puedo entrar en relación con los demás y con Dios? Y con Guardini podemos responder: porque soy una persona humana.

La aceptación de sí mismo se mueve en el nivel de la conciencia y del ejercicio de la libertad. Es un acto, más aún un proceso de actos por el que la persona va asumiendo consciente y libremente su propia realidad. Pero esto supone la realidad óntica, que es anterior al ejercicio de la libertad, lo dado metafísicamente. Esta distinción es especialmente relevante en el contexto postmoderno señalado al inicio. La aceptación de sí mismo se mueve en el terreno del ejercicio de la libertad, requiere de nuestra decisión, pero presupone una realidad dada, que no es obra de nuestra decisión, sino que es anterior a ella. Es preciso reconocer y aceptar lo dado.

¿Y qué constituye aquella realidad que no es obra de nuestra libertad y que es anterior a ella? Que soy una persona, que todo ser humano lo es y que no puede dejar de serlo. La aceptación de sí mismo lleva pues como su fundamento a la realidad de la persona.

Pero ¿Qué significa propiamente ser persona?

Guardini desarrolla el tema de la persona en distintos lugares. Son especialmente importantes un texto de 1926 *Sobre la sociología y el orden entre las personas* (*Über Sozialwissenschaft und Ordnung unter Personen*) donde aborda directamente el tema y especialmente Mundo y Persona (*Welt und Person*) de 1939 donde lo hace con mayor profundidad. También se encuentran desarrollos del tema en sus libros póstumos que reúnen lecciones suyas: *La existencia del cristiano* y *Ética*. Fiel a la perspectiva metodológica que asume, su preocupación es la de esclarecer la realidad del ser humano, en cuanto persona y como existente concreto.

En el primer texto *La sociología y el orden entre las personas* Guardini se pregunta qué significa que somos personas. Descubre en ella una dimensión dinámica y una estática. Por un lado la persona aparece en movimiento, en actos determinados como fidelidad, amor, respeto; pero la vida no consiste solamente en actos que pasan, sino también en estabilidad, en algo más caracterizado y permanente. Ambas dimensiones, la dinámica y la estática se mantienen, en una tensión donde cada polo se reclama sin diluirse el uno en el otro, como señalaba en su obra *El contraste* (*Der Gegensatz*), de 1925: «el fluir dentro de la permanencia; el permanecer a través del cambio»³⁰. Esta doble dinámica se hace una sola cosa en el “hecho de la autopertenencia” (*Eigengehörigkeit*) no en el sentido de identificarse, sino de mantenerse en una tensión que se reclama. Esta idea de la “autopertenencia” es, según Guardini, la característica más propia de la persona. Se basa, según señala, en la definición de Santo Tomás de la persona como *Naturae rationalis subsistentia*. Ser persona, significa autopertenecerse como ser irreplicable y singular: soy “solamente uno”, no puedo ser duplicado y “sólo yo soy esta persona”³¹; además “persona” significa que me autopertenezco “en conciencia, libertad y acción”, por lo que “conocer, decidir y actuar no son por sí mismos todavía la persona; lo soy solamente por el hecho de que yo me pertenezco en el saber, en el decidir y en el actuar”³². Finalmente “persona”, dice, significa “autopertenencia” en interioridad y dignidad: «Interioridad significa que yo, siendo persona, estoy en mí... significa que ninguno puede “entrar”, si no le abro esta interioridad. Más aún desde un cierto punto en adelante no le puedo abrir, aun si quisiese. Aquí comienza la íntima soledad de la persona, a la que solo Dios tiene acceso»³³. «A través de la íntima presencia de Dios en

³⁰ Romano Guardini, *El contraste*, ob. cit., p. 89.

³¹ Ver Romano Guardini, *Persona e personalit a*, Morcelliana, Brescia 2006, p. 29.

³² Ver all ı mismo, pp. 29-30.

³³ Lug. cit.

la interioridad ésta no es anulada, antes bien, ésta se constituye, como se comprenderá mejor teológicamente. Pero además la persona está por encima del contexto del mundo, está elevada sobre el mundo, posee una dignidad. Por tanto la persona es espíritu que se pertenece, que en dignidad e interioridad, está en sí mismo (...). Sólo ella dispone de sí misma»³⁴.

Pero el “disponer de sí mismo” no quiere decir autonomía total, pues solamente Dios es espíritu absoluto y que se pertenece absolutamente, es decir absolutamente personal, piensa Guardini. El hombre, en cambio, es persona solamente porque «Dios le crea espacio para el misterio de ser espiritual y corpóreo que se pertenece»³⁵, es decir, «me pertenezco, pero en Dios»³⁶. Vale la pena aquí decir al menos de paso que el pensamiento de Guardini busca confrontarse continuamente con esta idea de autonomía absoluta presente en la modernidad en autores como Kant o Nietzsche. La crítica a la autonomía absoluta no es un motivo secundario en el pensamiento guardiniano, sino uno de sus hilos conductores.

Pero puede surgir la objeción ¿no hace todo esto de la persona un flujo de actos, aunque sean actos por los que busco autopoerme y relacionarme con Dios, no lo hace un actualismo en el que desaparece la dimensión metafísica? No, de ningún modo. La persona está constituida metafísicamente como persona, subsiste como tal, la relación con Dios que lo constituye no es algo que dependa de su decisión, sino algo anterior a ella. Todo el esfuerzo de autoposición y de relación con Dios personalizan al ser humano, pero no es que la realidad de la persona, aparece con ellos. El hombre no “se vuelve persona ni siquiera por una actitud o una convicción ético-religiosa” como pensaba Kierkegaard, quien con ello sustituía el carácter óntico de la persona por el carácter ético-religioso o axiológico de la personalidad. Dice Guardini: «el hombre es persona por esencia... todos los intentos de concebir a la persona como puro dinamismo, como acto, con el fin de hacerla desaparecer si no realiza un acto, cuando no piensa o no está en actividad; y todos los intentos de colocar a la persona en una esfera axiológica, en el valor o en la cualidad, de modo tal de hacerla desaparecer cuando el hombre pierde valor; en fin, todas estas concepciones según las cuales el hombre puede cesar de ser persona, son necesariamente erradas. La persona es cualidad imperecedera, rostro indestructible, inextinguible posibilidad de decir “yo” y “tú”, de pronunciar la palabra y de escuchar la palabra»³⁷. Si bien la persona se “actualiza” en los actos de autopertenencia, de autoposición, realiza en ellos lo que ya es en potencia: «La persona aparece como alguien en devenir; como tarea. Me hago actualmente persona, como lo soy potencialmente por mi esencia, en la medida en que tomo realmente posesión de mí; en la medida en que realizo que soy único; propio irrepitible; agente libre y consciente; íntimo y dotado de dignidad. Pero de otro lado ello ocurre en la medida en que realizo que soy de Dios: a través de Dios y en él solamente soy singular, propio, libre, íntimo y dotado de dignidad. Sólo en relación a Dios soy persona. En la medida en que lo adoro, me pertenezco... En el adorar a Dios llego ser yo»³⁸. Dicho esto puede entenderse cómo la aceptación de sí mismo puede bien comprenderse como un momento en el que actualizo mi ser persona, en que tomo posesión de mí, y en tal sentido, la aceptación de sí revela mi condición de persona. No puedo llegar a poseerme realmente si no acepto mi realidad, si niego o evado aspectos de mi ser. En este sentido el fenómeno de la autoaceptación revela el fundamento metafísico de la persona.

³⁴ Allí mismo, p. 31.

³⁵ Allí mismo, p. 32.

³⁶ Lug. cit.

³⁷ Allí mismo, pp. 34-35.

³⁸ Allí mismo, p. 33.

En *Mundo y persona* retomará estas ideas, pero las desarrollará de forma más extensa y sistemática.

Para explicar la realidad de la persona procede por estratos, por pasos.

El primer estrato que descubre es el de la “conformación”. El segundo estrato es el de la “individualidad viva”. Un tercer estrato se encuentra en la “personalidad” (*Persönlichkeit*). Recién en un cuarto momento llegamos, según dice Guardini, al nivel de la persona. Ser persona implica todo lo que se ha mencionado: ser debidamente configurado, individualidad viva, interioridad y relación con el mundo determinadas por el espíritu, pero es más que todo ello. Naturalmente todo es una separación artificial, todos estos niveles de la existencia se dan articulados. En continuidad con lo escrito el año 26, pero profundizando en ello, dice Guardini: «Persona es el ser conformado, interiorizado, espiritual y creador, siempre que... esté en sí mismo y disponga de sí mismo (...). Persona significa que en mi ser mismo no puedo, en último término, ser poseído por ninguna otra instancia, sino que me pertenezco a mí... Persona significa que no puedo ser utilizado por nadie, sino que soy fin en mí mismo... Persona significa que yo no puedo ser habitado por ningún otro, sino que en relación conmigo estoy siempre sólo conmigo mismo... que no puedo ser sustituido por otro, sino que soy único... La persona no puede ser múltiple, no puede desintegrarse, no puede escapar a su dominio»³⁹. Lo esencial de la persona, en palabras del mismo Guardini, consiste en «que yo estoy de acuerdo conmigo mismo, en que reposo en mí mismo, en que me tengo en mi dominio (...). A la pregunta, ¿qué es tu persona? No puedo responder: mi cuerpo, mi alma, mi entendimiento, mi voluntad, mi libertad, mi espíritu. Nada de ello es todavía la persona, sino, por así decirlo, su materia; la persona es el hecho de que todo ello consiste en la forma de la pertenencia a sí»⁴⁰.

Lo dicho no implica que la persona está en sí misma como una mónada cerrada y autárquica, sino que es esencial para ella la relación con otras personas y en particular con Dios. Albino Babolin interpretando a Guardini dice que «en la profundización sobre sí se capta como estructura trascendental, es decir, como estructura ontológicamente abierta»⁴¹, ante todo en el sentido de estar ontológicamente abierto a Aquel que le ha dado el ser y que lo hace permanecer en el ser y estar orientado hacia Él. Guardini se pregunta si la persona necesita de otra persona para poder ser ella misma⁴². Ante todo aclara que la persona actúa en la relación yo-tú, pero no surge de esa relación, tiene subsistencia propia, dice «Persona no es sólo dinámica, sino también ser, no sólo acto, sino también conformación. La persona no surge en el encuentro, sino que se actúa sólo en él. Depende, eso sí —añade—, de que otras personas existan; sólo posee sentido, cuando hay otras personas con las que puede tener lugar el encuentro. El que esto efectivamente ocurra es otra cuestión... aquí se trata del hecho ontológico de que fundamentalmente la persona no existe en la unicidad»⁴³. La persona es un ser subsistente pero «referido esencialmente al diálogo. Su vida espiritual está orientada a la comunicación... la persona existe en la forma del diálogo, orientada a otra persona. La persona está destinada por esencia a ser el Yo de un Tú»⁴⁴. En consecuencia, la persona depende, de que hayan otras personas, En el caso de Dios esto adquiere un carácter aún más radical: «Sin Dios no puede existir la persona finita. No sólo porque Dios me ha creado y en él sólo encuentro el sentido de mi vida, sino porque existo orientado hacia Dios. Mi persona no está conclusa en lo humano, de tal suerte que

³⁹ Romano Guardini, *Mundo y persona*, ob. cit., pp. 103-105.

⁴⁰ Allí mismo, pp. 108-109.

⁴¹ Albino Babolin, *Romano Guardini, filosofo dell'alterità*, vol. I, Zanichelli, Bologna 1968, p. 251.

⁴² Romano Guardini, *Mundo y persona*, ob. cit., p. 116.

⁴³ Allí mismo, p. 117.

⁴⁴ Lug. cit.

pueda situar su Tú en Dios, o renunciar a ello o rechazarlo, y, sin embargo, seguir siendo persona. Mi ser-yo consiste, más bien, de modo esencial, en que Dios es mi Tú». Esto es algo radical, constitutivo, en un grado tal que Guardini afirma «Dios es el Tú, sin más, del hombre. En esto consiste la persona creada. El hombre cesaría de ser persona, si lograra salir de la relación de Tú con Dios, es decir, no sólo si apostasiara de Dios, sino si consiguiera no hallarse ontológicamente en la relación de Tú con Dios... la esencia de la persona se encuentra, pues, en último término, en su relación con Dios»⁴⁵. Y en otro lugar dirá: «Se puede entender al hombre no como algo cerrado que vive y se apoya en sí mismo, sino como alguien cuya existencia consiste en una relación: de Dios, hacia Dios. Esta relación no es algo secundario sobreañadido a su ser, de forma que también sin ella pueda seguir existiendo, sino que en ella se apoya su ser»⁴⁶.

Algunas consideraciones finales

- a. El pensamiento de Guardini evidencia que es posible y fecundo recorrer el camino que desde la experiencia existencial concreta llega al fundamento metafísico en que se apoya. Esto no es sólo un camino para el pensamiento, como han mostrado también con fecundidad los esfuerzos filosóficos que realizaron Edith Stein y Karol Wojtyła, sino que es también un camino pedagógico, pues permite a la persona partir de la experiencia concreta, de sus vivencias concretas, para desde ellas remontarse al fundamento metafísico y teológico en que se apoyan. Dice al respecto Acquaviva que Guardini, a diferencia de algunos fenomenólogos que consideraban el fenómeno como la única realidad alcanzable en el proceso del conocimiento, «aunque abordando seriamente el fenómeno, no lo considera insuperable y coloca continuamente, aunque no siempre en términos explícitos, el problema del fundamento del fenómeno»⁴⁷. La aceptación de sí mismo, en cuanto “momento” de la autopertenencia y de la autoposición, revela la dimensión metafísica de la persona, en tanto que actualiza lo que potencialmente es por esencia. La aceptación de sí mismo considerada por Guardini como una virtud moral, posee innegables implicancias para la salud psíquica de la persona, y muestra cómo ésta supone abrirse a la dimensión más honda de la existencia, la dimensión religiosa. En el caso de la aceptación de sí mismo, esta apertura implica el reconocimiento del propio ser con sus características únicas, como un don del Amor de Dios. A través de la aceptación de sí la persona puede estar en armonía consigo misma, permaneciendo en la verdad de sí mismo y no en una ilusión, consciente del valor que tiene como persona concreta ante Dios, para poder desplegarse en la línea de las características concretas que Dios le ha dado.
- b. Guardini siempre pensó que la investigación psicológica y su práctica debían abrirse a sus fundamentos debido a que “la índole y el resultado de la investigación psicológica están determinados más profundamente que otros terrenos del conocimiento, por los motivos que hay detrás de ellos”⁴⁸. La realidad maciza de nuestra realidad de personas, con toda su

⁴⁵ Allí mismo, pp. 123-124.

⁴⁶ Romano Guardini, *Quien sabe de Dios conoce al hombre*, PPC, Madrid 1996, p. 155.

⁴⁷ Marcello Acquaviva, *Il concreto vivente, L'antropologia filosofica e religiosa di Romano Guardini*, Città Nuova, Roma 2007, p. 125.

⁴⁸ Romano Guardini, *La realidad humana del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1960, Prólogo, p. 15. Sobre este tema se puede ver el artículo de Antonio Vázquez Fernández, O. de M. *Las grandes líneas de la psicología religiosa actual y la aportación de Romano Guardini* en el texto dirigido por Alfonso López Quintás *Psicología y pensamiento Existencial*, Guadarrama, Madrid 1963.

dimensión existencial, metafísica y teológica, constituye el fundamento para una teoría psicológica que no se quede en un mero actualismo, y para una práctica psicológica que procure responder al ser humano concreto de manera integral.

RESEÑA DEL AUTOR

Aldo Giacchetti Pastor es licenciado en Filosofía y candidato a doctor por la Universidad Católica Argentina. Es director del Centro de Estudios para la Persona y la Cultura de la Universidad Católica San Pablo y docente de esta Casa de Estudios.

FOTOS

Van en archivo a parte.